

## ¡MEM SAHIB!

Marana era una niña hindú que vivía en la India. Como es costumbre en su país, Marana se casó cuando era niña aún, y fue a vivir en el hogar de su suegra.

Un día, mientras Marana y su suegra estaban sentadas en el porche, vieron a una señora blanca que se acercaba. Era la primera vez que Marana veía una mujer blanca, así que dijo: “¡Mire, una Mem Sahib!” (lo cual quiere decir, “mujer blanca”).

La misionera se detuvo a la puerta y preguntó: “¿No quisieran estudiar la Biblia conmigo?”

“No”, contestó la mujer hindú.

La señora se dio vuelta para retirarse. No había andado muchos pasos, cuando una voz la llamó: “¿Podría Ud. enseñar a Marana a coser?”

La señora contestó: “Enseñaré a la niña a coser si le permite que estudie la Biblia conmigo”.

“Esta niña no estudiará su Biblia —dijo la suegra—. Tenemos la nuestra. ¿Por qué habría de enseñarnos su Biblia?”

La misionera contestó: “Hay muchos libros que se llaman sagrados. Pero hay solamente un Dios y su Palabra es la única verdadera Biblia”.

¡Pero, cuánto deseaba Marana aprender a coser! Ella rogó: “Si me va a enseñar a coser, déjela venir.

Aprenderé a hacer mis propios vestidos. ¿Por qué habría de tener miedo yo de su Biblia?”

La suegra pensó un momento. Entonces dijo: “Yo también quiero que aprendas a coser. Pero a los hombres no les va a gustar esto. Ellos me han dicho que no abra la puerta a ningún cristiano”.

“Pero ¿qué mal hay en dejar venir a una Mem Sahib? —Preguntó Marana—. ¡Piense que me enseñará a coser gratis!”

La suegra vio cuán chasqueada se sentía Marana. Así que dijo a la mujer blanca: “Bien, puede venir, pero solamente cuando los niños estén en la escuela y los hombres en la oficina. Y no se quede hasta después de las dos. Si los hombres la encuentran aquí, quién sabe lo que le harán”.

Las lecciones de costura empezaron. Pero un día, Marana y la misionera se olvidaron de mirar el reloj. Estaban tan ocupadas cosiendo y hablando de la Biblia, que la maestra se quedó hasta después de las dos. De repente les cayó un ladrillazo. El ladrillo cayó sobre el pie de la Mem Sahib y le hizo una gran herida. Marana empezó a llorar porque no podía detener la sangre.

“No llores —dijo la misionera—. Estoy contenta de sufrir por Cristo. Tu esposo arrojó el ladrillo porque él no comprende”.

Cuando la misionera se fue, la niña no sabía que pasaría mucho tiempo antes de ver de nuevo a su maestra.

Poco después de esto, la joven fue con su esposo y su familia a vivir en otra aldea.

Un día, una mujer llamó a su puerta. Cuando Marana la vio, conoció a su amiga, la Mem Sahib. ¡Qué contenta estaba! Marana preguntó: “¿Dónde vive?”

“No lejos de aquí —contestó la señora blanca—. En la propiedad del misionero. Nos mudamos a esta aldea hace un año. ¿Por qué me lo preguntas?”

La niña hindú no contestó. Ella estaba pensando, pensando cuánto le gustaría vivir con la misionera y aprender más de Jesús.

Algunos días después, mientras la familia dormía la siesta, la niña hindú abrió la puerta y salió. Mientras caminaba, oraba: “Señor, muéstrame el camino hacia la casa del misionero”.

Marana estaba asustada. Nunca había estado sola en la calle, y no sabía adónde ir. En ese momento pasó un carro. Llamó al que lo conducía para que se detuviera. Saltó dentro del carro y dijo: “Por favor, lléveme rápidamente a la misión de los blancos”.

No había viajado mucho, cuando una señora le arrojó un papel. “Pare el carro —dijo la niña al conductor—. ¡Mem Sahib, Mem Sahib! Dios ha contestado mi oración. Él la ha enviado a Ud”.

“¿Cómo has llegado aquí? —Preguntó la misionera—. ¿Te has escapado?”

“Sí —contestó Marana—. Lléveme a alguna parte antes de que se den cuenta de que me he escapado”.

La maestra subió al carro con la niña y la llevó a la misión.

La familia de Marana pronto se dio cuenta de que ella había huido. Llamaron a la policía, la cual buscó y buscó hasta que la encontró. La llevaron ante los tribunales, y le preguntaron: “¿Te robó la misionera?”

“No, yo sola me escapé de casa porque quiero vivir con la misionera”, dijo la niña.

Marana fue puesta en libertad. Ahora podría vivir con la misionera y servir a Dios con todo su corazón.  
¡Qué feliz se sentía!